

La Revista de Buenos Aires (1863-1871): construcción y ocaso de un proyecto editorial americano¹

Nicolás Arenas Deleón

Universidad de los Andes, CONICYT - Chile

narenas@miuandes.cl / nicotab@gmail.com

Resumen

En mayo de 1863, los intelectuales argentinos Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola –junto al editor e impresor uruguayo Carlos Casavalle– inauguraron la publicación de *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, literatura y derecho. Periódico destinado a la República Argentina, Oriental del Uruguay y del Paraguay*, uno de los proyectos editoriales más perdurables dentro del panorama cultural bonaerense decimonónico. Espacio de interacción –en clave dialógica y dialéctica– de destacados hombres de letras argentinos y extranjeros, el impreso intentó “llenar un vacío” en el ámbito editorial rioplatense, con la clara finalidad de avanzar, en lo posible, hacia la formación y desarrollo de una “república de las letras” de alcances transnacionales a escala continental. A partir de ello, el abordaje propuesto pretende el análisis de esta revista cultural para comprender cabalmente sus procesos de edición y producción, así como reconocer las lógicas de su contenido. Así, nuestro trabajo estudiará el origen de la publicación y su lugar dentro del espacio editorial porteño; el itinerario de sus editores; así como las dinámicas de sus flujos colaborativos y las causas de su desaparición en abril de 1871. Este recorrido a través de las “geografías culturales” de la revista, dejará en evidencia las distancias existentes entre las propuestas programáticas del soporte y la realidad a que se enfrentó (diversos intereses del público lector, diferencias ideológicas entre los autores, dificultades económicas, etc.). Al mismo tiempo, revelará cuáles fueron las estrategias utilizadas por la publicación y sus actores para forjar el ansiado proyecto de un mercado transnacional de circulación del conocimiento y solidaridad intelectual, para el que la revista fue una herramienta esencial.

Palabras claves: La Revista de Buenos Aires; Revistas culturales; República de las letras; Argentina; Siglo XIX.

Introducción

El interés actual por el estudio de las revistas, en tanto plataformas performativas de un determinado discurso, ha colocado a estos impresos en la agenda de investigación en América Latina. Numerosos son los trabajos que exploran estas publicaciones en miradas que, tal como propone la investigadora Alexandra Pita González, las examinan en tanto soportes materiales, prácticas sociales y/o espacios de sociabilidad intelectual². El acento en una o varias de estas perspectivas ha dado lugar a una vasta bibliografía que, particularmente, centró su atención en publicaciones del siglo XX, siendo las producidas en el siglo XIX aún escasamente abordadas.

¹ Este artículo forma parte del proyecto: “Letras para la república. Redes intelectuales y vínculos colaborativos decimonónicos en Argentina, Chile y Uruguay (1852-1890)”, financiado por CONICYT-PCHA, en el marco de la beca de Doctorado nacional 2015-21151324.

² Cf. Alexandra Pita González, “Las revistas culturales como soportes materiales, prácticas sociales y espacios de sociabilidad”, en Hanno Ehrlicher y Nanette Rißler-Pipka (eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga: Revistas culturales en la modernidad hispánica*, Shaker Verlag, Aachen, 2014, pp. 227-245.

Frente a esto, resulta relevante prestar atención a un impreso como *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, literatura y derecho. Periódico destinado a la República Argentina, Oriental del Uruguay y del Paraguay* (1863-1871), pues constituye una de las empresas más longevas dentro del panorama editorial americano decimonónico –en un siglo marcado por lo efímero de este tipo de emprendimientos–, a la vez que conforma en sí un espacio de interacción de las élites letradas americanas para la construcción del proyecto transnacional de la “república de las letras” de alcance continental.

En base a ello, este trabajo pretende estudiar esta revista cultural³ inserta dentro del mundo del impreso argentino y americano del siglo XIX, en una propuesta que examina sus dinámicas de funcionamiento, sus procesos de edición y producción, y las lógicas de su contenido. Este recorrido a través de las “geografías culturales” de la revista⁴, dejará en evidencia las distancias existentes entre las propuestas programáticas del soporte y la realidad a que se enfrentó (diversos intereses del público lector, diferencias ideológicas entre los autores y los directores, dificultades económicas, etc.). Al mismo tiempo, el análisis permitirá advertir de qué forma este artefacto literario fungió como herramienta esencial para articular el proyecto de un mercado transnacional de circulación del conocimiento y solidaridad intelectual, ideal anhelado por las élites letradas americanas decimonónicas.

Los orígenes de una empresa editorial

El fracaso del proyecto de la Confederación en Argentina tras la batalla de Pavón (1861), erigió a Buenos Aires como el gran centro político-cultural del país, nucleando en diversos espacios de sociabilidad (cafés, librerías, tertulias, instituciones culturales) y proyectos editoriales (periódicos y revistas) a las principales figuras de la élite letrada argentina. Las administraciones de Bartolomé Mitre (1862-1868) y Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874) constituyeron mojones relevantes en este proceso de “organización nacional”, que intentaba a la vez que afianzar la hegemonía bonaerense, crear y transmitir los “mitemas referenciales” de la nación⁵. Entre sus principales logros, la aceleración en el proceso de escolarización ofreció

³ Néstor Tomás Auza caracteriza a las revistas culturales decimonónicas como espacios multitemáticos –lo que les entrega un mayor número de lectores interesados en sus contenidos y con ello mayor tiraje y menor costo–; dirigidas por personajes consagrados –lo que favorece una más dilatada vida del soporte, debido a las redes de colaboración que permiten solventar la publicación (suscripción, distribución y colaboración)–; y con escaso espacio para la irrupción de nuevos escritores. Néstor Tomás Auza, *La literatura periodística porteña del siglo XIX. De Caseros a la Organización Nacional*, Confluencia, Buenos Aires, 1999, p. 29.

⁴ Beatriz Sarlo, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, *América. Cahiers du CRICCAL* N° 9-10, 1992, p. 12.

⁵ El historiador uruguayo Tomás Sansón Corbo hace referencia mediante esta expresión a la creación de mitos, símbolos, usos y costumbres de las nuevas repúblicas y los nuevos ciudadanos durante la segunda mitad del siglo XIX. Tomás Sansón Corbo,

la posibilidad de generar un nuevo público lector, capaz de consumir los “bienes culturales” que se producían para comunicar el discurso nacional. Esto conllevó el incremento del comercio editorial y tipográfico local, a fin de dar respuesta a las demandas y gustos de estos nuevos lectores.

Fue este el contexto que vio aparecer, en mayo de 1863, a *La Revista de Buenos Aires*. Soporte de periodicidad mensual, dirigido por los intelectuales porteños Miguel Navarro Viola (1830-1890)⁶ y Vicente Gregorio Quesada (1830-1913)⁷, fue publicado bajo el sello de la Imprenta y Librería de Mayo, propiedad del uruguayo Carlos Casavalle (1826-1905)⁸. Hasta su extinción, en abril de 1871, editó noventa y seis números, de ciento sesenta páginas cada uno, en los que publicó ochocientos cincuenta y nueve textos.

Respecto a los responsables de la edición del soporte, los tres contaban, al momento de la creación de la revista, con una destacada participación en el mundo editorial. Quesada ejerció una relevante labor en Corrientes durante la época de la Confederación en que creó –con el apoyo del gobernador Juan Pujol– el periódico *El Comercio* (1855) y la *Revista del Paraná. Historia. Literatura. Legislación. Economía Política* (1861). Navarro Viola, desde Buenos Aires, había dirigido *El Mosaico Literario* (1851) junto a José Antonio Wilde; *El Padre Castañeta. Periódico crítico-burlesco, Literario, Político y de Costumbres* (1852); y *La Reforma Pacífica* (1853) en compañía de Benjamín Victorica y Eugenio Ocampo; antes de fundar *El Plata Científico y Literario. Revista de los Estados del Plata sobre Legislación, Jurisprudencia, Economía-Política, Ciencias Naturales y Literatura* (1854-55). Se unía a esta dupla de editores, el trabajo de Casavalle al frente de la Imprenta y Librería de Mayo (fundada en 1862), considerado por ese entonces como el gran “editor nacional”⁹, y quien contaba con una relación previa con los dos redactores: con Navarro Viola en la edición de *El Plata Científico y Literario*; con Quesada en la *Revista del Paraná*. Esta experiencia conjunta de los responsables del soporte sirvió para el entramado de redes y vínculos de colaboración a escala

El espacio historiográfico rioplatense y sus dinámicas (siglo XIX), Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2011, p. 11.

⁶ Para profundizar en la figura de Quesada, además de estudios clásicos como los de Carlos Octavio Bunge o Alicia Vidaurreta, debe destacarse el trabajo que sobre el clan familiar realizó Pablo Buchbinder. Cf. *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*, Edhasa, Buenos Aires, 2012.

⁷ Poco se ha escrito sobre la figura de Navarro Viola. Cabe destacar solo el texto de Agustín Rivero Astengo, *Miguel Navarro Viola: el opositor victorioso, 1830-1890*, Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1947.

⁸ Recorrer la trayectoria editorial de Casavalle exige la lectura de Ricardo Piccirilli, *Carlos Casavalle, impresor y bibliófilo: una época de la bibliografía americana*, Julio Suárez, Buenos Aires, 1942.

⁹ Sergio Pastormerlo, “El nacimiento de un mercado editorial en Buenos Aires, 1880-1890”, *Orbis Tertius* N° 10-11, 2005, p. 7.

transnacional, que permitieron la supervivencia de la revista, mediante el acercamiento de colaboradores que completaran sus páginas y de suscriptores que la solventaran.

En sus orígenes, el soporte se presentó a los lectores como una publicación de corte cultural, que buscaba llenar un vacío en el panorama periodístico porteño. Así, informaba en su “prospecto”, intentaba constituirse en espacio ajeno a la política diaria, en que se congregarían “los primeros hombres de letras y publicistas Americanos”¹⁰ para la reflexión sobre diversos temas. Como parte de sus postulados programáticos se declaraba heredera de otras publicaciones americanas similares: la *Revista del Pacífico* (Valparaíso, 1858 y 1860-1861) y la *Revista de Lima* (Lima, 1859-1863). A la vez, trazaba una línea filial con impresos europeos como la *Revue des Deux Mondes* (París, 1829-) y la *Revista Española de Ambos Mundos* (Madrid, 1853-1855); ejercicio discursivo que le otorgaba un espacio particular dentro del mundo del impreso y, al mismo tiempo, le confería legitimidad frente a los lectores.

En cuanto a la estructura del formato, los redactores organizaron cada número en torno a cuatro secciones: historia, literatura, derecho y un apéndice bibliográfico o de variedades. La sección histórica estaría centrada en la recuperación y puesta en valor de documentos inéditos sobre el pasado argentino y americano para su reescritura. Además, pretendía la confección de biografías de destacadas personalidades de Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile y Perú, dado que “son atletas de una fuerza y de un mismo campo de batalla en la guerra titánica de la Independencia. Su historia es nuestra historia, y la nuestra la suya”¹¹.

Respecto a la literatura, la revista ansiaba acercar al público la producción de diversos autores del continente, por lo que alentaba el envío de novelas, cuentos y poesías, a fin de cumplir con dicho objetivo. Igual motivación impulsaba a la sección de derecho: dar a conocer las reflexiones en torno al derecho americano como forma de descubrir un pensamiento autónomo y autóctono.

Por último, el apéndice bibliográfico pretendía aproximar a los lectores las obras americanas –publicadas en el continente o en Europa–, para instituir un espacio “incitativo para la lectura de los buenos libros, no menos que como sistema represivo contra los que no han adquirido el derecho de hacerse leer”¹². Así, se creaba una agenda lectora consagrando autores y condenando a otros, pero, especialmente, acercando al conocimiento de los americanos la producción de sus autores, ya que

¹⁰ “Prospecto”, *La Revista de Buenos Aires [RBA]*, tomo 1, N° 1, mayo 1863, p. 3.

¹¹ “Prospecto”, p. 4.

¹² “Prospecto”, p. 5.

esceptuando [sic] uno que otro bibliófilo, la generalidad no conoce ni el nombre de los publicistas americanos; y sin embargo, los hay de muchísimo talento, de vasta ciencia, y sobre todo, con el tacto y la práctica de americanos, escribiendo para América, es decir, que dejamos de estudiar precisamente en los libros en que mas debemos aprender¹³.

Esta estructura sería constante –amén de pequeñas modificaciones en la cantidad de artículos por sección– así como el número de páginas (ciento sesenta por cada número), lo que conformaría, siguiendo a Annick Louis, un “contexto de publicación” que intentaba crear un lector específico, habituado y con fidelidad hacia este nuevo objeto cultural que se iba legitimando lentamente frente a la comunidad de acogida¹⁴.

La dificultosa supervivencia de un impreso

La publicación, luego de dos o tres años de bonanza, en que logró la adhesión de más de trescientos suscriptores entre Buenos Aires, las restantes provincias argentinas y el Uruguay, se enfrentó a las primeras dificultades. La disolución del «Círculo Literario» –una de las principales usinas de abastecimiento de textos para la revista durante el bienio 1864-65– y el estallido de la Guerra del Paraguay (1865-1870), con el consecuente estado de sitio de Buenos Aires y el destierro de Navarro Viola en Montevideo, dejaron a la revista no solamente con una carencia de originales que dificultaba el cumplimiento de las entregas mensuales, sino a Quesada en solitario al frente de la administración y edición del formato.

El «Círculo», dirigido por los jóvenes José Manuel Estrada y Lucio V. Mansilla, había intentado reunir en su seno, al igual que la revista, a la intelectualidad local para dialogar y discutir sobre diversos temas histórico-literarios. Su éxito inicial dentro de la cultura letrada rioplatense –analizado por la historiadora argentina Paula Bruno en varios trabajos¹⁵– le permitió asociarse con la revista que, a partir de setiembre de 1864, se convirtió en órgano del «Círculo» –aunque sin depender de él– y proyectó la publicación en “un tiraje aparte que será repartido a los socios del Círculo, bajo carátula denominada: *Revista de Ciencias y Letras del*

¹³ Vicente G. Quesada, “Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos latino-americanos por don J.M. Torres Caicedo”, *RBA*, tomo 2, N° 5, agosto 1863, pp. 146-147.

¹⁴ Cf. Annick Louis, “Las revistas literarias como objeto de estudio”, en *Almacenes de un tiempo en fuga...*, pp. 31-58. Se puede consultar la versión online en DOI: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/annick-louis-las-revistas-literarias-como-objeto-de-estudio>

¹⁵ Interesante para la comprensión de las características de dicha empresa asociativa es la consulta de los trabajos de Paula Bruno: “El Círculo Literario (1864-1866): un espacio de conciliación de intereses”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual* N° 16, 2012, pp. 167-170; “El Círculo Literario, 1864-1865/1866. Conciliación, disputas heredadas y tensiones de la hora”, en Paula Bruno (dir.), *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2014, pp. 27-58; y “El Círculo Literario; un espacio de sociabilidad en la Buenos Aires de la década de 1860”, *Iberoamericana* Vol. 15, N° 59, 2015, pp. 45-63.

Círculo Literario de Buenos Aires”¹⁶. Como bien apunta Bruno, esta publicación autónoma no se concretó; sin embargo, la revista “alojó una ‘sección especial’ que se presentaba como la publicación destinada a promulgar las actividades del Círculo Literario”¹⁷. Para inicios de 1866, las diferencias internas entre los miembros de la institución marcaron el final de dicho espacio de sociabilidad y con ello perjudicaron el flujo colaborativo de la revista¹⁸.

Respecto a la guerra en la que se embarcó el gobierno de Bartolomé Mitre, la revista no emitió opinión desde sus páginas. Sin embargo, Navarro Viola fustigó duramente desde la prensa diaria la actitud intervencionista del presidente argentino en Paraguay, lo que le valió la persecución y posterior destierro en Montevideo entre febrero de 1867 y agosto de 1868. Este alejamiento de Navarro Viola de la dirección de la revista –aunque intentó mantenerse informado de la situación del soporte, reunir originales para nutrirla y conseguir nuevos colaboradores en la capital uruguaya– preocupó a Quesada, lo que llevó a ambos a pensar en la incorporación de un nuevo director que auxiliara a este durante la ausencia de su compañero.

La persona elegida fue Juan María Gutiérrez, hombre de letras de amplio reconocimiento y con redes relacionales capaces de insuflar a la revista de los aportes necesarios, en colaboradores y suscriptores, para mantener su continuidad. Los tres firmaron un contrato por el cual se comprometían a repartir las ganancias de las nuevas suscripciones –siendo las actuales (237 suscripciones) destinadas a solventar los costos de impresión y distribución de los 700 ejemplares que se pretendía publicar–, manteniendo el derecho de propiedad y la venta exclusiva del soporte la Sociedad Quesada-Navarro Viola¹⁹. Esta nueva incorporación fue anunciada en el número correspondiente a mayo de 1867, pero dos meses después fue desmentida por la propia redacción²⁰.

Esta trunca negociación evidenció las diferencias de criterio entre Gutiérrez y Quesada (con apoyo de Navarro Viola). Gutiérrez defendía la idea de obtener ganancias de la revista, tantas que hasta podría ofrecer dinero a los colaboradores como emolumento por sus aportes; al mismo tiempo que concebía el plan de conformar una «Sociedad de Amigos de la historia

¹⁶ “Círculo Literario”, *RBA*, tomo 5, N° 17, setiembre 1864, p. 160.

¹⁷ Bruno, “El Círculo Literario (1864-1866)...”, p. 168.

¹⁸ Durante el período de funcionamiento del «Círculo», numerosos fueron los miembros (activos, corresponsales u honorarios) que colaboraron con la revista: Juan María Gutiérrez, Miguel Esteves Saguí, Marcos Sastre, Luis L. Domínguez, Manuel R. Trelles, Anacarsis Lanús, Nicolás Avellaneda, Miguel Puiggari, Amancio Alcorta, Amadeo Jacques, Pedro Agote, Andrés Lamas, Pastor S. Obligado, Juan M. Larsen, Bernardo Irigoyen, Bartolomé Mitre, Marcelino Ugarte, Wenceslao Paunero, Melchor Rom, Baldomero García, Norberto Quirno Costa, Domingo F. Sarmiento, Jaime Arrufó, José A. de Lavalle, Juan Vicente Camacho, Vicente Fidel López, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Carlos Calvo.

¹⁹ *Borrador del contrato firmado entre Juan María Gutiérrez, Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola*, Buenos Aires, 1867. AANHA. Fondo Miguel Navarro Viola, Caja 3, fols. 435-437.

²⁰ “A nuestros suscritores”, *RBA*, tomo 13, N° 49, mayo 1867, p. 160 y *RBA*, tomo 13, N° 51, julio 1867, p. 443.

Americana» –emulando el éxito del «Círculo» de Estrada y Mansilla– que guiara editorialmente a la revista y la nutriera de originales.

En contrapartida, Quesada entendía que las críticas condiciones económicas que azotaban al soporte exigían un importante sacrificio, que no redundaría en ninguna ganancia para los directores, sino solamente en obtener el dinero suficiente para cubrir los costos de impresión²¹. Asimismo, se negaba a depender de institución alguna que influyera sobre los contenidos del soporte y le quitara autonomía editorial.

La profundización de este antagonismo derivó en el alejamiento de Gutiérrez y la permanencia de Quesada en solitario como director efectivo de la revista hasta el retorno de Navarro Viola. La situación por ese entonces era retratada así por el propio Quesada:

A pesar de la mala situación del país, de la guerra, del estado de sitio y el limitadísimo número de suscriptores, *La Revista* no ha interrumpido su marcha ni la interrumpirá en adelante. (...) El destierro de nuestro compañero y amigo el doctor Navarro Viola en febrero de 1867, nos dejó solos al frente del periódico desde entonces hasta ahora, y a pesar del recargo de trabajo que esto nos imponía, la *Revista* no ha cesado ni ha interrumpido su aparición periódica.

El cólera que ha visitado esta capital dos veces, y la preocupación consiguiente de los espíritus por aquella situación angustiosa, tampoco interrumpió la marcha normal de la *Revista* ni dejamos de publicar escritos inéditos²².

Como se desprende del diagnóstico de Quesada, otro importante problema que enfrentó la revista estuvo centrado en la disminución ostensible y constante de suscriptores. El litigio de 1865 con el gobierno provincial de Buenos Aires por el no pago de parte de las suscripciones (15 de las 25 asumidas en 1863), dejaba en evidencia la fragilidad de este tipo de empresas y su dependencia de los vaivenes político-económicos de la región. Esta situación, que para marzo de 1867 ya manifestaba la defección de dos o tres suscriptores por número, se vio agravada tras el conflicto con Gutiérrez, a quien acusaron de accionar para el fracaso del proyecto editorial de *La Revista de Buenos Aires*²³. Estos hechos condicionaron al impreso a sobrevivir únicamente con las suscripciones particulares (especialmente bonaerenses) y las dieciocho tomadas por el Gobierno Nacional para su distribución en diversas dependencias públicas.

²¹ *Carta de Vicente Quesada a Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, s.f. AANHA. Fondo Miguel Navarro Viola, Caja 3, fol. 428.

²² Vicente G. Quesada, “Aniversario de «La Revista de Buenos Aires»”, *RBA*, tomo 16, N° 61, mayo 1868, pp. 110-111.

²³ Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola, “Penurias de las letras en la Atenas del Plata”, *RBA*, tomo 7, N° 27, julio 1865, p. 455; *Carta de Vicente G. Quesada a Miguel Navarro Viola*. Buenos Aires, 27 de marzo de 1867. AANHA. Fondo Miguel Navarro Viola, Caja 2, fol. 60 y *Carta de Vicente G. Quesada a Miguel Navarro Viola*. Buenos Aires, 2 de septiembre de 1867. AANHA. Fondo Miguel Navarro Viola, Caja 2, fol. 108.

Estos inconvenientes, sumados a la ausencia de suficientes lectores (y la competencia con la prensa diaria con mayor tiraje y menor costo), la carencia y carestía del papel y los atrasos de la imprenta –que ya en 1864 conllevaron la firma de un nuevo acuerdo entre los directores y Casavalle, que imponía mayores requerimientos para el impresor uruguayo–, marcaron la vida de la revista e imposibilitaron el mantenimiento de la periodicidad exigida que llegó ya en 1865, según refiere el investigador Ernesto Maeder, a tener un atraso de casi tres meses entre una entrega y otra²⁴.

La actitud de los editores frente a estas dificultades no fue pasiva. Para colaborar con el crecimiento del volumen de lectores y suscriptores elaboraron diferentes estrategias de *marketing*. La primera de ellas consistió en la creación de una “biblioteca”, formato que se entregaría junto con la revista y que intentaría dar a conocer las obras más importantes de la literatura americana colonial y republicana. En junio de 1863, se anunció la aparición de estos volúmenes de carácter gratuito y de 16 páginas cada uno, aunque no consta la publicación de ninguno de ellos²⁵.

Un año después, esta estrategia fue reflatada por los responsables de la revista, y se propuso la edición, en formato de folletín, de diversas novelas de la escritora argentina Juana Manuela Gorriti. Se anunciaban entregas semanales de 24 páginas en 8°, al precio de 5 pesos moneda corriente²⁶. Ya a inicios de 1864 las obras de Gorriti se distribuían como suplemento de la revista, pero dicha propuesta no duró más que hasta finales de año. La mencionada falta de papel –y por tanto lo costoso de este–, así como la crisis de suscriptores, a consecuencia de la guerra y las epidemias de cólera hicieron naufragar estas iniciativas.

Dinámicas del flujo colaborativo del impreso. La construcción de un proyecto letrado de solidaridad americana

La búsqueda de colaboradores para mantener el flujo necesario con el que responder a la periodicidad del soporte constituyó una preocupación incesante de los editores. Especialmente a partir de 1865, a consecuencia del estado de sitio impuesto en Buenos Aires y el inicio de la guerra contra el Paraguay, la revista observó una constante y creciente sangría de materiales; momento en que las redes relacionales de los directores resultaron esenciales, a fin

²⁴ Ernesto Maeder, *Índice general de la Revista de Buenos Aires (1863-1871)*, UNNE, Resistencia, 1962, p. XIV.

²⁵ “Biblioteca de la Revista de Buenos Aires (Regalo a nuestros suscriptores)”, *RBA*, tomo 1, N° 2, junio 1863, p. 320.

²⁶ “Sueños y realidades. Edición completa de las obras de la Sra. Doña Juana Manuela Gorriti”, *RBA*, tomo 4, N° 15, julio 1864, pp. 474-485. En 1865, las obras tomaron forma de libro gracias al impulso del impresor Casavalle, precedidos de un texto de José María Torres Caicedo también publicado en la revista. Ver también Hebe Beatriz Molina, *Como crecen los hongos: la novela argentina entre 1838 y 1872*, Teseo, Buenos Aires, 2011, pp. 160-161.

de conseguir contribuciones que permitieran completar mensualmente las cuatro secciones con que contaba la revista²⁷.

Iniciativas como la aplicación de un férreo sistema de arbitraje²⁸ y el envío voluntario de materiales resultaron ineficaces y fracasaron rápidamente. Más efectiva fue la activación de estos canales de intercambio y colaboración de los responsables del formato, lo que permitió la posibilidad de mantener la premisa de publicar preferentemente textos originales sobre asuntos americanos²⁹.

A través de un estudio cuantitativo de la revista advertimos el logro de esta política, ya que, de los 859 escritos aparecidos en el soporte, la mayoría cumplió con los preceptos de originalidad. Un 83.93% de los materiales se brindaban por primera vez al público; número que aumentaba al considerar las fuentes inéditas que se compartían. Igualmente, los contenidos americanos eran hegemónicos en el formato.

El despliegue de los circuitos reticulares a que hacíamos referencia permitió la inclusión en las páginas del impreso de más de un centenar de autores (130), siendo más de la mitad de ellos, intelectuales que superaban los cuarenta años de edad (56.52%). La misma tendencia se observa cuando se atiende a la relación entre la edad y la cantidad de contribuciones (57%). Esto evidencia que la *Revista* fue un espacio escritural donde prevaleció la presencia de autores consagrados por sobre la irrupción de nuevos nombres³⁰. Esta preeminencia se agudiza si se tiene presente que la contribución de los dos editores –ambos menores de cuarenta años– representaba casi un tercio del total de textos de la revista: Quesada aportó el 24.27% (175 textos); mientras que Navarro Viola lo hizo con el 7.77% (56 textos); guarismos que aumentan si consideramos los documentos inéditos, que muchas veces fueron facilitados, prologados y comentados por sus dos responsables.

²⁷ Esta falta de contribuciones no fue transmitida directamente en el texto de la *Revista*, pero sí aparece constantemente en la correspondencia intercambiada entre Quesada (en Buenos Aires) y Navarro Viola (desde Montevideo). Cf. AANHA. Fondo Miguel Navarro Viola, Cajas 2 y 3.

²⁸ El sistema propuesto determinaba el depósito de los escritos en buzones establecidos en diversas localidades (lugares informados a través de la prensa diaria) en un sobre cerrado y firmado con seudónimo. Al llegar a la redacción serían evaluados por los editores, de modo de garantizar que cualquier escritor, ignoto o consagrado, tuviera iguales posibilidades de ver sus textos insertos en la revista.

²⁹ Hemos rastreado textos que fueron censurados por no cumplir con esta doble condición. Dentro del primer caso –los faltos de originalidad– podemos destacar varios textos de Ángel Carranza y Damián Hudson que había aparecido con anterioridad en otros soportes; mientras que dentro del segundo grupo de escritos –los no americanos– es interesante el rechazo a una traducción que realizó Alejo Peyret de *El principio federativo* de Pierre-Joseph Proudhon.

³⁰ Se logró determinar la edad de 92 de los 130 colaboradores, lo que corresponde a un 70.77% del total. Igualmente, se pudo establecer la relación entre edad y autoría de los artículos en 649 de los 721 artículos de la revista, cifra que equivale al 90.01% de las contribuciones. Si bien los datos obtenidos están lejos de ser concluyentes, pueden develar ciertas tendencias respecto de los flujos colaborativos de la revista.

Otro aspecto interesante para examinar los flujos de la revista está en la transnacionalidad de los colaboradores y las contribuciones, ya que permite revelar de qué modo la revista se constituyó en plataforma capaz de nuclear a intelectuales del continente (y de Europa), en pos de construir un mercado transfronterizo de circulación de ideas. Descubrimos así que la presencia de letrados locales corresponde al 57.89% (66) de los aportes, mientras que las contribuciones extranjeras representan el 42.11% (48). Destacan entre estas últimas las plumas chilenas (8 autores), uruguayas y colombianas (6 cada uno); aunque también se detecta la presencia de peruanos y franceses (5); ecuatorianos y bolivianos (4); venezolanos e ingleses (2) y cubanos, españoles, alemanes, mexicanos y norteamericanos con un autor por país³¹.

Asimismo, relacionar esta variable (origen de los colaboradores) con el número de colaboraciones, entrega también ciertas pistas interpretativas. De los 688 artículos en que se pudo determinar la nacionalidad de sus autores, encontramos que 539 pertenecen a autores locales, lo que representa el 78.34% de los escritos (496 si excluimos a Quesada y Navarro Viola). Mientras tanto, 149 textos corresponden a escritores extranjeros, destacándose escritos chilenos (34 publicaciones = 4.94%); peruanos (32 = 4.65%), franceses (16 = 2.33%), venezolanos (15 = 2.18%), ingleses (14 = 2.03%), colombianos (9 = 1.31%); ecuatorianos y uruguayos (8 = 1.16%); bolivianos (7 = 1.01%); mexicanos (2 = 0.29%); y cubanos, españoles, norteamericanos y alemanes (1 = 0.15%).

A partir de este recorrido analítico, podemos ejecutar algunas conclusiones parciales relacionadas con los flujos colaborativos de la revista. En primer lugar, existe un alto porcentaje de colaboradores extranjeros de diversas nacionalidades que envían sus textos a la publicación. A la vez, las colaboraciones de cada uno no superan uno o dos textos y la mayoría proviene de países limítrofes a la Argentina. Del mismo modo, lo expuesto refleja cierta extensión aún constreñida de la red de intercambio, ya que vemos que cuanto más se aleja del núcleo originario

³¹ Con la misma salvedad expuesta en la nota anterior, debe señalarse que fue posible conocer la nacionalidad de 114 de los 130 autores que formaron parte de la publicación, cantidad que representa el 87.69% del total de colaboraciones. Del mismo modo, fue detectada la procedencia de 688 artículos de los 721, lo que equivale al 95.42% del total de escritos aparecidos en la revista.

La participación extranjera se detalla del siguiente modo: chilenos (Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, Guillermo y Alberto Blest Gana, José Victorino Lastarria, Joaquín Larraín Gandarillas, Eduardo de la Barra y Miguel Luis Amunátegui); uruguayos (Heraclio Fajardo, Alejandro Magariños Cervantes, Marcos Sastre, Jacinto Susviela, Luis V. Varela y José Vázquez Sagastume); colombianos (Adriano Páez, Juan de Dios Restrepo, Florentino González, José María Samper, José María Torres Caicedo y Adolfo Valdés); peruanos (Ricardo Palma, Lorenzo García, Manuel Romand y Paz Soldán, José Antonio de Lavalle y Luis Benjamín Cisneros); franceses (Alfredo Cossom, Amadeo Jacques, Juan Mariano Larsen, Enrique Lauzac y Martín de Moussy); ecuatorianos (Pedro Fermín Cevallos, Pablo Herrera, Pedro Moncayo y Tomás Moncayo Avellán); bolivianos (Nicomedes Antelo, Julio y Quintín Quevedo y Gabriel René Moreno); venezolanos (Juan Vicente y Simón Camacho); ingleses (Juan H. Scrivener y los hermanos Mulhall); cubanos (Pedro Santacilia); españoles (Manuel Rogelio Tristany); alemanes (Adolfo F. Bütter); mexicanos (Juan Manuel Altamirano) y norteamericanos (George Ticknor).

(Buenos Aires), más se difumina en cantidad de aportes y número de autores. Las excepciones a esta regla responden a la presencia de autores extranjeros en Buenos Aires o en territorios cercanos debido a exilios o misiones diplomáticas.

El saber histórico-literario en la revista. Hacia la construcción de una “república de las letras” americana

Uno de los principales objetivos de la revista estuvo centrado en otorgar visibilidad a documentos inéditos sobre el pasado americano hallados en archivos públicos o bibliotecas particulares, para brindar “estudios preparatorios” que permitieran a las nuevas generaciones de letrados la construcción de una historia con una profunda base documental. En esta aspiración, destacó la labor de intelectuales como Manuel Ricardo Trelles, Vicente Fidel López o Ángel Carranza, quienes compartieron fuentes que servirían “para conocer el tamaño y los rasgos fisionómicos del pueblo, en las diferentes épocas, su legislación especial, sus costumbres y demás hechos y circunstancias”³².

Igualmente, la publicación de Quesada de diversas series de documentos sobre la fundación de centros de beneficencia y erección de iglesias, conventos y otros edificios públicos de la ciudad, se presentó como una herramienta útil para los futuros escritores³³. Asimismo, compartió en las páginas de la revista diversas actas de fundación de ciudades; noticias históricas sobre las mismas; informaciones sobre el origen y organización de su gobierno; series cronológicas de gobernadores; informes sobre el desarrollo de la industria y el comercio; etc. Para llevar adelante estas faenas, Quesada apostaba por vincular a los lectores nacionales y extranjeros en un entramado colaborativo que intentaba reunir en sus manos muchos papeles aún desconocidos y de difícil acceso para los investigadores. Mismo rol esperaba del Estado, quien debía facilitar el acceso a la consulta de muchos materiales. Esto también permitiría la visibilidad de documentos existentes en archivos provinciales, locales e incluso extranjeros, aún más invisibles para los lectores.

El otro gran objeto del impreso se centró en la construcción del perfil del intelectual americano republicano. El destaque a su producción, consideraban los editores, era un mecanismo para premiar el trabajo desinteresado de los escritores, quienes no recibían ningún rédito por el tiempo dedicado al cultivo de las letras. Por un lado, se intentaba mostrar a Europa

³² Manuel Ricardo Trelles, “Apuntes y documentos para servir a la historia del puerto de Buenos Aires”, *RBA*, tomo 1, N° 1, mayo 1863, p. 7.

³³ Aparecieron textos referidos a la Casa de Niños Expósitos, el Colegio de las Huérfanas y el Hospital de Buenos Aires. Del mismo modo, se publicaron estudios sobre la fundación de los conventos de las monjas capuchinas y catalinas, la Iglesia de San Miguel y los templos de San Francisco y Santo Domingo de la capital argentina.

el avance de la producción literaria de estos países, a la vez que se entendía que, dado el desconocimiento de los propios americanos entre sí, esta representaba una misión ineludible. Vicente Quesada presentaba una instantánea de lo que en aquel entonces constituía el movimiento editorial en América:

Lo caro de las impresiones, la dificultad de adquirir esas obras, la carencia casi absoluta del comercio de publicaciones sud-americanas entre diversos Estados de este continente –ya sea porque las ediciones son poco numerosas, ya porque no existen impresores-editores que especulen con la impresión de los trabajos americanos, ya sea por ese indiferentismo tan fatal sobre todo en las democracias: la verdad es que aquí no están en venta ediciones de Venezuela o Nueva Granada, por ejemplo, mientras poseemos libros europeos recientemente publicados. ¿Qué resulta de esto pues? La ignorancia del progreso de las letras americanas, el aislamiento intelectual de los escritores demócratas de nuestra raza y de nuestra lengua³⁴.

Por tanto, desde las páginas de la revista se hacía un llamado al abaratamiento de las impresiones, lo que redundaría en una mayor venta y circulación de las obras; la modificación de las políticas aduaneras que gravaban la importación de papel y otros materiales de imprenta y no así el ingreso de textos extranjeros; y el fomento de políticas de canje entre las bibliotecas y archivos americanos.

En el plano de las ideas, la constitución del impreso como un ámbito dialógico y dialéctico favorecía ese conocimiento interamericano de autores y obras. Sus páginas articularon y enfrentaron distintas formas de pensar el país y el continente, que reflexionaron en torno a la historia, la literatura y el derecho. Algunas de estas disputas se articularon con base en críticas de forma, otras fueron debates epistemológicos respecto al modo de entender el pasado y el presente³⁵.

³⁴ Quesada, “Ensayos biográficos...”, pp. 147-148.

³⁵ Entre las discusiones más destacadas resaltamos la acaecida entre Tomás Guido –y su hijo Carlos Guido– frente a Luis L. Domínguez, respecto al rol de Guido (padre) en la epopeya sanmartiniana del cruce de los Andes; la que enfrentó a Vicente Quesada con Ángel Carranza en torno a la *Descripción histórica de la antigua Provincia del Paraguay* de Mariano Molas –obra que se publicó, con algunas intermitencias, a lo largo de 20 entregas entre enero de 1866 y noviembre de 1867–; o la que sostuvieron Lucio V. Mansilla y Nicomedes Antelo al respecto de la *Historia de Rosas* de Manuel Bilbao.

El ocaso del proyecto editorial

El final abrupto de la revista, en mayo de 1871, dejó latente la expectativa de un futuro retorno en que se prometía una mejora material y de contenidos³⁶. La falta de suscriptores y lectores que consumieran la revista y la sostuvieran; la constante carencia de originales para nutrirla de textos que completaran cada número; la campaña contraria al soporte que se realizaba desde la prensa de la época –según los redactores orquestada por Gutiérrez–, que trajo como consecuencia el alejamiento de muchos colaboradores asiduos de la publicación; la falta de papel y los atrasos de la imprenta que obstaculizaban el cumplimiento de los compromisos con el público; se sumaron para liquidar la empresa de Quesada y Navarro Viola.

Para estos hombres la empresa se hacía onerosa y los exigüos beneficios hacían que este “agonizante enfermo”³⁷ tuviera firmada su sentencia de muerte. Quesada aceptó la responsabilidad de asumir la dirección de la Biblioteca Pública tras la muerte de José Mármol, y emprendió a poco un viaje a Europa para visitar los principales repositorios documentales y bibliográficos de aquel continente. Navarro Viola, por su parte, abandonó por un tiempo el panorama editorial para dedicarse a la labor parlamentaria y al ejercicio de la abogacía. La antorcha fue tomada por Andrés Lamas, Vicente Fidel López y el cuestionado Gutiérrez, quienes a manera de obituario se despedían de la revista en una nueva publicación periódica editada en Buenos Aires:

Después de una vida de ocho años, y formando una colección de 96 entregas, que equivalen a 14.000 páginas in 8.º, encerradas en 24 volúmenes, acaba de despedirse temporalmente de sus suscriptores esta interesante publicación. Ella deja un vacío en las letras argentinas. La «Revista de Buenos Aires» ha contribuido a despertar en la juventud la afición a las indagaciones históricas sobre la América en general y especialmente sobre la República Argentina, y ha dado a conocer obras y autores que nos eran desconocidos en Buenos Aires a pesar de su crédito en las Repúblicas hermanas, tan aisladas de la nuestra, especialmente en el comercio intelectual³⁸.

Conclusiones

El plan editorial de *La Revista de Buenos Aires* intentó materializar el proyecto transnacional de la “república de las letras”. Sus responsables procuraron convertirla en un espacio de sociabilidad para numerosos intelectuales y diversos discursos histórico-literarios que, en clave de diálogo y/o discusión, se disputaban un lugar en la construcción del campo

³⁶ La Redacción, “La Revista de Buenos Aires”, *RBA*, tomo 24, N° 96, abril 1861, p. 634.

³⁷ *Carta de Vicente Quesada a Miguel Navarro Viola*, Buenos Aires, s.f. AANHA. Fondo Miguel Navarro Viola, Caja 3, fol. 416.

³⁸ “La Revista de Buenos Aires”, *Revista del Río de la Plata. Periódico mensual de Historia y Literatura de América publicado por Andrés Lamas, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez* [RPL], tomo 1, N° 1, 1871, p. 153.

intelectual decimonónico en las naciones americanas. Para ello, sus responsables hipotecaron su tiempo y capital, enfrentándose a numerosos obstáculos –falta de papel y materiales de imprenta; vaivenes en la suscripción (defecciones y retrasos en el pago); altibajos en el volumen de colaboraciones; intermitencia de los lectores; coyunturas político-económicas y sanitarias adversas– que muchas veces pusieron en duda la continuidad de la publicación.

En el transcurso de la edición del formato, lograron cumplir con los dos grandes objetivos para los que se constituyó el impreso: exhumar la documentación argentina y americana inédita sobre el pasado colonial y republicano y visibilizar la producción histórico-literaria de los letrados americanos, para darlos a conocer al público lector del continente e irradiar hacia Europa la imagen de civilización y progreso puesta en duda desde aquellas tierras. Eran estas las bases para conformar un mercado de circulación del conocimiento a escala continental, con la revista como plataforma y nodo articulador, y sustentado en la solidaridad intelectual de los hombres de letras americanos.